

Puertas al campo

Enrique Barrera Martínez, Madrid, Mayo 2010

enrique@haikuarquitectura.com

Comentarios

Es lo malo (o lo bueno) de marcar los límites. He removido entre los 'clusters' de mi ordenador en busca de algún texto que se adaptara a esta estimulante iniciativa... al menos en tamaño.

Encuentro varios textos que quizá podrían servir, pero todos ellos superan las trescientas setenta palabras que se han fijado como tope. Tema libre, única regla: la extensión. Podría saltármela, como siempre, pero no parece decoroso entrar donde te invitan como elefante en cacharrería.

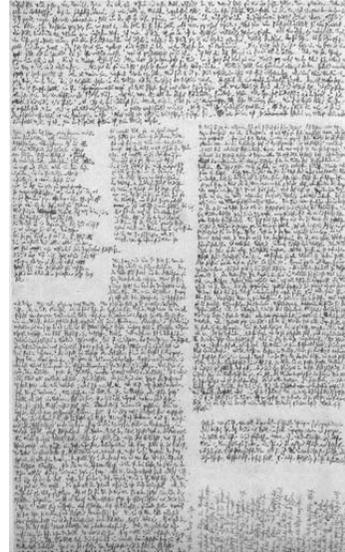
Pienso qué es lo que haría en estas circunstancias Enrique Vila-Matas (casi siempre pienso lo que haría Vila-Matas). Y pienso que sin duda se acordaría de Robert Walser, que inmerso en su blanco encierro de Herisau escribía y sólo escribía con un lápiz muy afilado y letra literalmente microscópica en pedacitos de papel tomados de sobres, calendarios o cualquier otra cosa que tuviera a mano. Y que sólo después de un laborioso trabajo de diecisiete años de descriptamiento de estos más de quinientos retazos de papel manuscritos prácticamente ilegibles apareció una obra genial en la que el contenido se ajusta asombrosamente al tamaño del retazo de papel en que fue escrita.

Recuerdo también a José Bergamín quien al parecer, acostumbraba a subir los cinco pisos de escaleras que conducían a su casa, un pequeño ático frente a la Plaza de Oriente de Madrid, recitando de memoria cada vez un soneto en voz alta al ritmo de sus pasos, de modo que el último verso coincidía con precisión de relojero con el momento en que la planta de su pie aterrizaba sobre el desembarco de su puerta.

Me acuerdo por último de Valéry que decidió escribir su Eupalinos en forma de diálogo precisamente para poder añadir o eliminar parte del texto con facilidad y poder así ajustarse al número de líneas que le fueron reservadas en la revista *Architecture d'aujourd'hui*.

Imagino las hojas de los árboles cayendo. Imagino pequeñas hojas blancas cayendo como relojes blandos entre los dedos de Walser antes de ese fatídico día de Navidad, las zancadas de Bergamín a toque de cornetas, las sinfonías resonando dentro de la cabeza de Valéry...

Me quedo pensando de qué hablar en trescientas setenta palabras, y sobre todo cómo contarlos en sólo trescientas setenta palabras.



Las referencias a las costumbres literarias de los Vila-Matas, Robert Walser, Benjamin, Valéry. Interpretaciones que se refieren al cómo uno empieza y cómo coge un tipo de ritmo a la hora de escribir... quizás falte la referencia al libro "*el grado cero de la escritura*" de Roland Barthes.

Si 370 palabras no hacen sino evocar pasos de soneto en un inquietante y sereno día a día, el diálogo como instrumento versátil para escribir con precisión de relojería suiza y sugerencia de reloj de arena, asimilar hojas de árboles a hojas de textos que cayeran como ideas, una obra escrita de partes que son un todo y no al revés... si 370 palabras pueden evocar esos mundos... francamente... no sé qué podría hacer con sólo 70...

Quizás nuestras cabezas sean un gran collage de pensamientos e imágenes, también de conocimientos, que se entremezclan y van tomando forma o por qué no ninguna. Decidimos sacar esta vez aquella imagen o decidimos traer aquella palabra... por qué?

Puede que tenga de arbitrario tanto cuanto de pertinente.

Es raro hablar de la extensión de un texto en setenta palabras. Es una paradoja, pero a veces un límite de palabras hace el texto más abierto y grande. La mayoría de mis textos extensos dicen menos cosas que los de trescientas palabras. Será, pienso, de la función creadora del borrar. En el borrar, por el miedo de no perder lo importante llegas a lo fundamental.

Anthi
El grado cero...

ARRA
Sensación

Chape
experiencia

Tade Effi
70 palabras